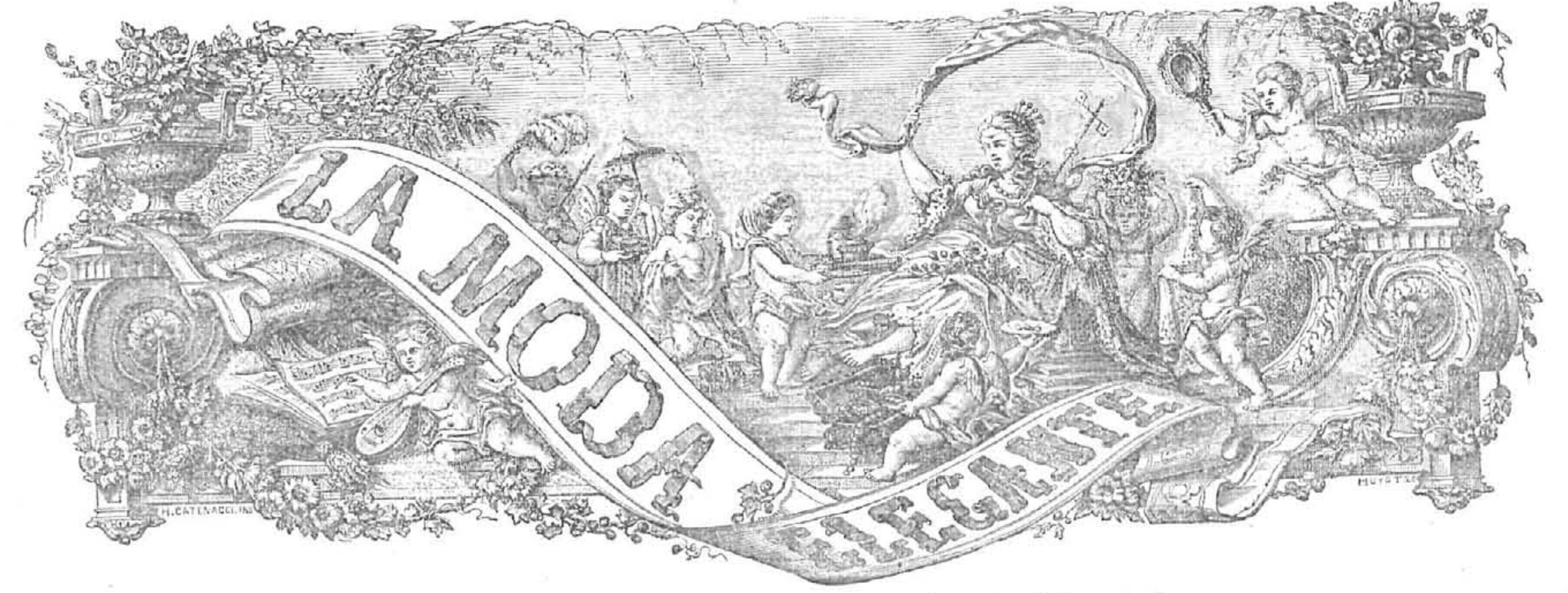


Año I. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS.** Num. 3.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLAŠE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.
Se publica un numero todos los Jueves.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

Todo pedido de suscricion deberá ser acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.
A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER Á FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

Bata de señora.

El adjunto dibujo ofrece á nuestras lectoras el modelo de una bata cómoda y elegante, dos condiciones difíciles de conciliar, y que explican y justifican la voga de esta forma, generalmente adoptada hoy, desde que se quieren emancipar ya de las chaquetas zuavas.

Esta bata puede ejecutarse con toda clase de telas; nosotros aconsejamos, para la estacion actual, el pelo de cabra: para el mes próximo, la cachemira de Escocia; por último, para el invierno, la franela con cuadros ó bien con rayas.

Le reproduccion de nuestro dibujo puede verificarse de dos maneras. Supongamos la bata de franela, con rayas trasversales, negras y blancas, color de malva y blancas &c.; se haria una primera bata de cuerpo liso, sin mangas, guarnecida desde el cuello hasta los pies con un rizado de tafetan negro ó color de malva; sobre esta falda de debajo, se pondrá esa especie de manto, con cinco grandes pliegues huecos; el pliegue del medio es doble: este *manto* es de mangas largas y anchas, guarnecidas de un rizado igual al que orla las delanteras del manto y que dá vuelta atrás por encima de los pliegues.

La segunda combinacion es mas sencillo, y la recomendamos particularmente. La falda interior seria solamente



BATA.

simulada; se colocarian los rizados tales cuales se ven en nuestro dibujo, uno en medio, que tenga 10 centimetro de ancho abajo y disminuyendo hácia el talle; los otros á alguna distancia de éste formando delantal, pasando sobre los hombros y guarneciendo lo alto de la bata por detrás, encima de los pliegues.

Los dos lados de la bata estarian cosidos bajo el rizado del medio: la hendidura de delante estaria tapada bajo este rizado, y se cerraria el cuerpo con botones colocados bajo el rizado.

Si se quisiera hacer esta bata de una manera mas económica, aconsejariamos escojer una tela de lana gris, ó bien de cuadros blancos y negros; se reemplazarian los rizados con tiras de cachemir de Escocia azul de China, por ejemplo; estas tiras dobladilladas á cada lado, fruncidas á un centímetro y medio de distancia de los dobladillos, estarian colocadas á manera de *bullones* casi aplanados; el ancho de estas fajas, sin incluir los dobladillos, seria de 10 centímetros para el bajo de la falda. Disminuirian gradualmente de ancho, y no tendrian arriba de 5 centímetros en el cuerpo; las que guarnecen las mangas tienen 6 centímetros de ancho. Un rizado muy estrecho, fruncido en el medio, igual á los *bullones* por la tela y el color, guarnece la escotadura de las mangas. El color azul de China, que indicamos para las tiras de cachemir, no podria combinarse con un matiz demasiado oscuro; si se escogiera para la bata una tela gris oscura, las tiras deberian ser azul turquí ó verde botella. El azul de China podria acompañar al gris claro, ó bien á una tela negra y blanca.

Corsés.

Se nos han hecho diferentes pedidos de modelos de corsé. Los dibujos que figuran en este número están destinados á indicar algunas de las combinaciones que podrán hacer ejecutar por una costurera. La persona que sea bastante hábil para hacer ella misma un corsé (habilidad que es bastante rara) podrá adoptar algunas de las modificaciones indicadas por nuestros dibujos de este dia. Pero, como acabamos de decir, el talento de hacer un corsé es tan raro en una mujer que no ejerce la profesion de corsetera, que nos hemos abstenido de publicar los patrones de estos nuevos modelos, por el temor de causar un perjuicio á la inmensa mayoría de nuestras suscritoras, para las cuales otros patrones presentan mas utilidad.

El *corsé-faja* es mas bien una faja encordonada que un corsé. Hay personas que prefieren el uso de esta forma; otras, por el contrario, la hallan incómoda. Tocante á corsés, todo depende de los hábitos del cuerpo.

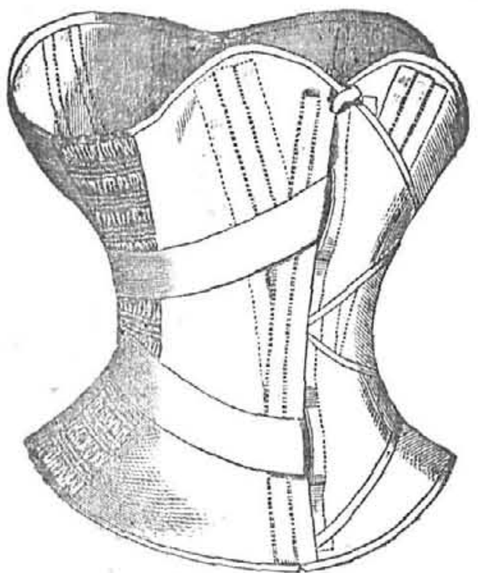
El *corsé-perezosa* lleva á cada lado una tira elástica que impide toda presion en los costados, cerrándose por medio de tiras anchas que se cruzan en la espalda y pueden apretarse mas ó menos sobre el pecho, donde son abrochadas.

Corsé de mañana. Esta forma no es favorable para las grandes *toilettes*, pero es en estremo cómoda para las *toilettes négligées*. Este corsé se cierra por delante con unos broches.

Corsé de niña de 9 á 12 años. La ballena de delante se reemplaza con una ancha tira elástica que no impide el desarrollo del pecho.

Enaguas con aros.

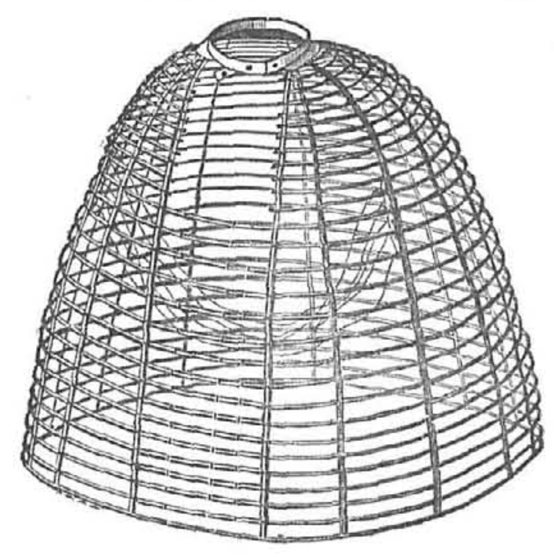
Creemos ser fieles á nuestra mision de utilidad aconsejando á las señoras, no *comprar*, sino *ejecutar* los objetos



CORSÉ-PEREZOSA.

que pueden hacer ellas mismas. El presente dibujo dispensará de recurrir á los fabricantes de enaguas. En todas partes se halla tartan gris, lijero, para enaguas de otoño y de invierno. En verano, se reemplaza el tartan con percal blanco.

Nuestro modelo consta de ocho partes, seis de las cuales tienen cada una 40 centímetros de ancho en el bajo,—despues, cortadas en punta hácia arriba, no miden ya en el otro estremo sino 22 centímetros de ancho. Las otras dos partes que forman los paños delanteros son casi rectas. Se cortan un poco en sesgo desde la rodilla hasta la cintura; estas tienen abajo 45 centímetros de ancho, pero una grande alforza hecha en el largo de la enagua las reduce á 34 centímetros. Estas dos partes están separadas por delante desde la cintura hasta abajo y abotonadas una sobre otra. El dobladillo de abajo tiene 6 centímetros de ancho; se introduce por el primer aro, forrado de algodon. A 22 centímetros de distancia se coloca el segundo aro. Esta distancia separa los dos aros solamente por detrás;—en los lados, el segundo aro se inclina hácia el primero y se detiene en la costura que está en el lado (véase el dibujo). La distancia entre el segundo y tercer aro es tambien de 22 centímetros por detrás; está inclinado por delante y viene á juntarse con el primer aro. El cuarto aro, colocado á 18 centímetros de distancia del tercero, está tambien inclinado por delante y termina en la segunda costura del lado (véase el dibujo), mientras que el quinto y último aro termina en aquella costura en la cual se detiene el cuarto aro. Segun se ve, la delantera de la enagua no va guarnecida de aros; lo que permite obtener la disposicion ó el



ENAGUA DE BAILE.

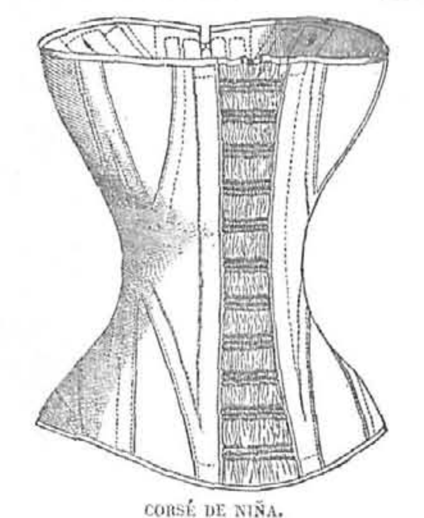
contorno en forma de *abanico* que está hoy á la moda. La enagua va plegada y pegada á una cintura con punta. Pónese un cordon á cada lado del paño delantero, al revés de la enagua, y se ata este cordon por detrás, á fin de prevenir el efecto poco gracioso de la enagua echada hácia adelante. Si se quiere, podrá añadirse un miriñaque á esta enagua y ejecutarle con una tira de tejido de cerda, de 2m, 10 de largo, y 25 centímetros de alto. Se frunce esta tira sobre una cintura despues de haberla escotado un poco á la altura de las caderas. Este ahuecador ó miriñaque figura en nuestro dibujo, y va colocado sobre la enagua, que recomendamos como cosa fácil de ejecutar, y enteramente en las condiciones que hoy exije la moda.



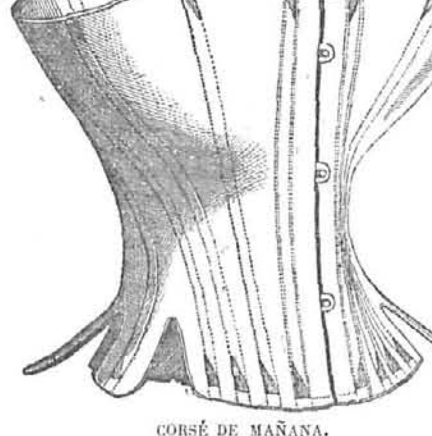
ENAGUA DE AROS.

Enagua de baile.

Compónese esta enagua de 30 aros ligeros, flexibles, colocados á 3 centímetros de distancia unos de otros, y cosidos en unos cordones perpendiculares. De estos 30 aros, solo 17 dan vuelta á la enagua; los aros superiores no se reunen delante, quedando separados por un espacio de 18 centímetros. En el interior de la enagua se colocan dos tiras provistas de ojetes y cosidas en los cordones que se hallan sobre las caderas. Se pasa una trencilla por estos ojetes, á fin de poder apretar estas tiras, que mantienen la enagua impidiéndola que se eche hácia adelante. Recomendamos á nuestras lectoras que cubran este enrejado en el interior y el exterior. Sin esta precaucion, el enrejado podria ser peligroso y ocasionado á caidas, por enredarse los piés en los aceros.



CORSÉ DE NIÑA.



CORSÉ DE MAÑANA.

Sombreros.

N.° 1.—Sombrero de crespon verde y tul blanco: el ala, de crespon, va fruncida; el fondo es de tul y está guarnecido de rosas sin hojas, rodeadas de encage negro; caidas anchas, verdes; segundas caidas de blonda, que se atan encima de las primeras.

N.° 2.—El fondo de este sombrero es de tafetan color de lila, cubierto con una gran pluma blanca enrollada; el ala es de tul color de lila, orlada de una hermosa blonda blanca con ondas. *Bavolet* de blonda blanca (el dibujante ha hecho los bavolets demasiado grandes). Caidas de tafetan color de lila, y las segundas caidas de blonda blanca. Interior de cinta color de lila y blonda blanca.

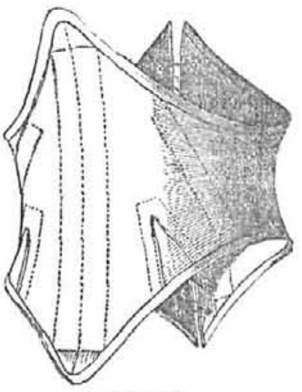
N.° 3.—Sombrero de fondo hueco: el fondo es de tafetan morado, con florecitas blancas; el ala es de tul blanco, y va fruncida: una roseta de encage negro y blonda blanca va puesta sobre el sombrero; una ancha cinta, morada, con florecitas blancas, está colocada sobre esta roseta, prolongándose para formar las caidas. Bavolet de tul y tafetan; en el interior una media corona de flores.

N.° 4.—Sombrero de tul blanco ahuecado (*bouillonné*), atravesado por cintas de tafetan negro; anchas caidas blancas, con florecitas negras; en el lado izquierdo va un ave del paraiso, de plumas negras; el interior se compone de un rizado de encage negro y de rizados de blonda blanca.

N.° 5.—Sombrero con ala fruncida, de crespon color de albaricoque; el fondo es de tul blanco; el sombrero está adornado de un rizado de encage negro, que termina en dos caidas atadas al lado y cubre unas rosas de igual color que el del ala del sombrero: anchas caidas color de albaricoque, sembradas de motas negras y pequeñas; interior compuesto de una diadema rizada de encage negro, de una rosa color de albaricoque, y de rizados de blonda blanca.

Cuello bordado.

Este cuello puede ejecutarse en tul ó en muselina. En



CORSÉ-FAJA.

el primer caso la parte mate del dibujo se haria con sobrepuestos de muselina; en el segundo, se ejecutaria esta parte á punto de feston con sobrepuestos de tul de dibujos variados para el interior de las hojas. El centro de las hojuelas que componen las ramas es calado. Cada uno de estos calados se atraviesa con tres barrotitos hechos á punto de feston. Los ojetes se hacen tambien del mismo punto.

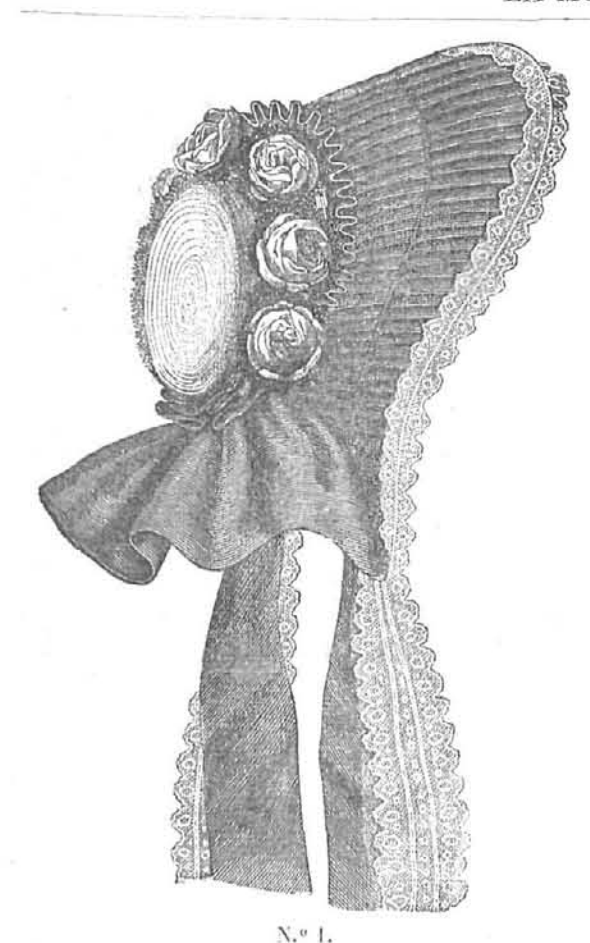
Cenefa de tapiceria.

Este dibujo servirá para guarnecer un tapicito de pieles que se lleva en los coches, ó bien se coloca ante la butaca de una persona que necesite abrigo. Las líneas blancas que se hallan en medio del fondo negro indican el medio del dibujo; basta por consiguiente volverle para hacer el otro lado. Si se escoge cañamazo muy grueso y lanas en relacion con el grueso del cañamazo, el tapiz ó alfombra será mas grande.

Explicacion del grabado de modas.

1.° *Trage de tela de lana gris*, sembrada de granitos.—La enagua está guarnecida de cinco volantes, de los cuales el primero, esto es, el mas bajo, tiene 15 centímetros de ancho; cada uno de los demás tiene de ancho 1 centímetro menos que el que le precede; un plegado de tafetan verde orla los volantes, rodea las mangas semi-cortas y hendidas, y guarnece un fichú escotado y cruzado, de la misma tela que el trage, cuyo corpiño tiene algun escote.

2.° *Trage de gasa de Chambery*.


N.° 1.

fondo blanco con rayas negras formando cuadros. Cinco volantes encanutados con cabeza doble. Una de estas cabezas hace parte del mismo volante, la otra se compone de un plegado pequeño, recortado á festoncillos, de tafetan violeta; los primeros volantes, principiando á contar por abajo, tienen 10 centímetros de ancho, los dos que siguen 9, el quinto y último 8 centímetros. El espacio que separa un volante de otro es de 2 centímetros. El corpiño que, como el anterior, no es completamente montante, está rodeado por dos plegados, uno de gasa igual al trage, y fruncido en medio; el otro sencillo, de tafetan violeta, recortado en *dientes* ó festones muy pequeños. Mangas anchas, guarnecidas por un volante semejante á los de la enagua.

3.° *Trage de niña de ocho años.*—De popelina gris, guarnecido por dos tiras de terciopelo negro. Corpiño-chaqueta, guarnecido como la enagua y con escote cuadrado.

Revista de Paris.

Entre las ilustraciones militares que han acudido este año del extranjero al campo de Chalons, se cuenta el general Fanti que ha sido alojado en el cuartel general del emperador y ha asistido con mucho interés á todas las maniobras. Con motivo de su llegada á Francia, los periódicos se han ocupado mucho de su persona y de sus hechos de armas, y entre las anécdotas mas curiosas que se han contado hay una que es digna de señalarse.

Durante la fatal retirada de Novara de 1849, el general Fanti, que estaba encargado de salvar los restos del ejército piamontés, habia dado las órdenes mas severas á sus tropas. Era preciso no llamar la atencion de los austriacos, y se habia mandado no dar un grito, y sobre todo no disparar un tiro sin ordenarlo los oficiales, bajo pena de ser pasado por las armas inmediatamente.

Una mañana en un alto, un soldado oye ruido entre unas matas, y cogiendo su fusil hace fuego.

El general Fanti, que estaba á pocos pasos de distancia, salta furioso á su lado con el sable en la mano, le clava el acero en el pecho, y cuando le ve caido á sus piés, exclama;

—Otro tanto haré con todos aquellos que imiten á este miserable, que era un cobarde ó un traidor.

Muchos años han trascurrido desde aquella época, y en ese tiempo ha habido muchos cambios; en el dia no son los vencedores de entonces los que triunfaron en Novara.

El general Fanti ha contado muchas veces con emocion y arrepentimiento á sus amigos ese episodio de su vida militar.

—Fui muy atroz, decia, pero se trataba de la salvacion del ejército.

Hace algunas semanas el general encuentra en una plaza de Turin á un hombre que se queda parado delante de él, y le pregunta:

—Mi general, ¿no me conoce V.?

—No por cierto.

—Míreme V. bien.

—Tengo prisa, habla: ¿quién eres?

—Mi general, si V. me ha olvidado, yo he conservado su recuerdo de V. en el fondo de mi corazon, pues la hoja de su sable me penetró algunas pulgadas.

—En la retirada de Novara?

—Sí, mi general.

—Y cómo no has muerto?

—Poco faltó; pero en fin, con trabajo pude curarme.

—Ya puedes decir que tienes la vida dura. ¿Y sabes que hacias un buen soldado?

—Y hoy hago un obrero bien pobre, mi general.

—Ven á verme mañana temprano.

Al otro dia el soldado de Novara se presenta en casa del general.

—Enséñame mi sablazo, le dice Fanti.

El italiano descubre su pecho y deja ver una ancha cicatriz.

—Diantre! exclama el general; no anduve flojo. Toma, aquí tienes hilas para curar la herida.

Y le entregó un puñado de billetes de banco.

Volviendo ahora á Paris, tenemos que dar cuenta á nuestros lectores de una broma estudiantil, muy propia de este tiempo de vacaciones.

Una ronda de policía que en la madrugada del jueves último andaba recorriendo el barrio del Panteon, vió con sorpresa tendido en un banco un hombre que llevaba sobre sí los mas singulares atavíos.

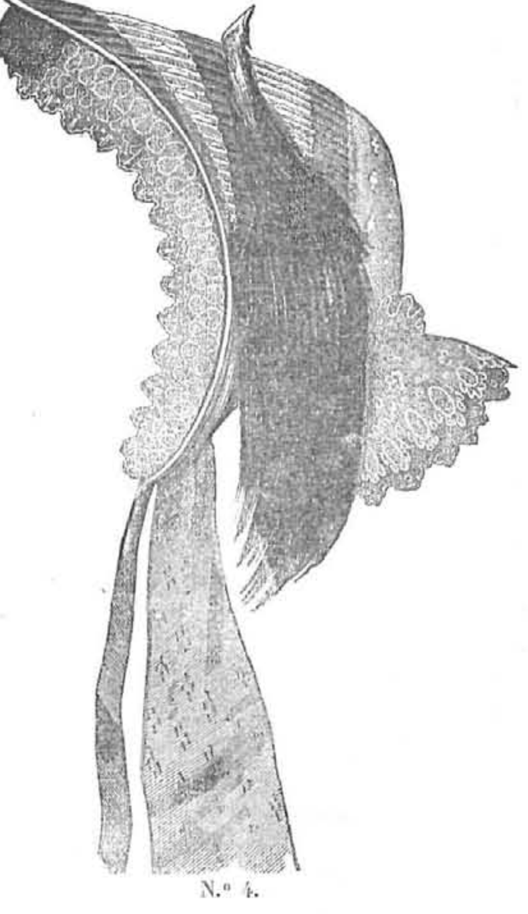
Sus cabellos tiesos estaban untados con una materia gomosa mezclada con polvillo de oro, lo que daba á la cabeza del durmiente el aspecto de un cepillo brillante; además, llevaba unas plumas que formaban como una especie de diadema.

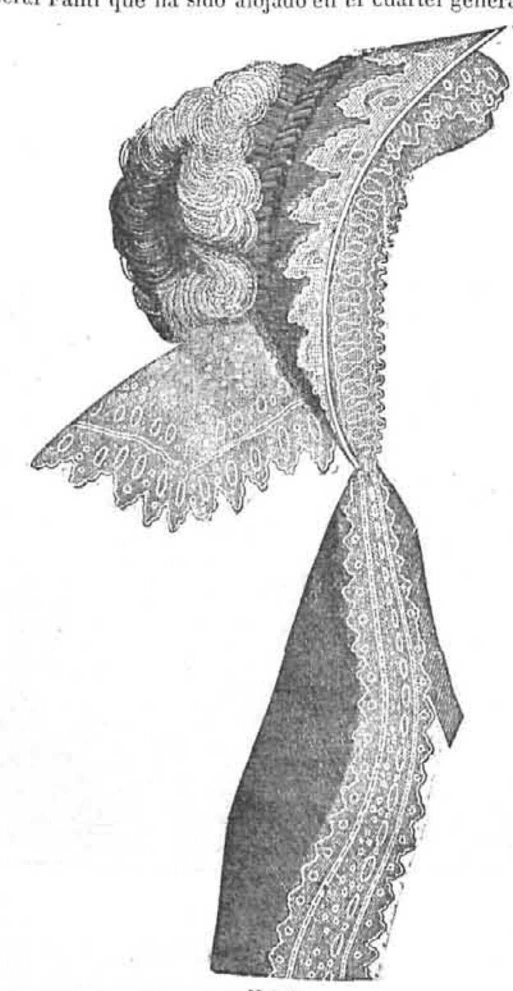
Su rostro estaba pintado de distintos colores, y tenia en la garganta un collar formado de corchos cubiertos de papel dorado. Su camisa, que le pasaba por encima del pantalon, estaba ilustrada con arabescos encarnados y lentejuelas; por último, su pantalon recogido hasta la rodilla dejaba ver sus piernas desnudas, pintadas de color de chocolate, así como su cuello y sus manos. A su lado habia un envoltorio que contenia un paletó, una corbata, un chaleco y un par de medias.

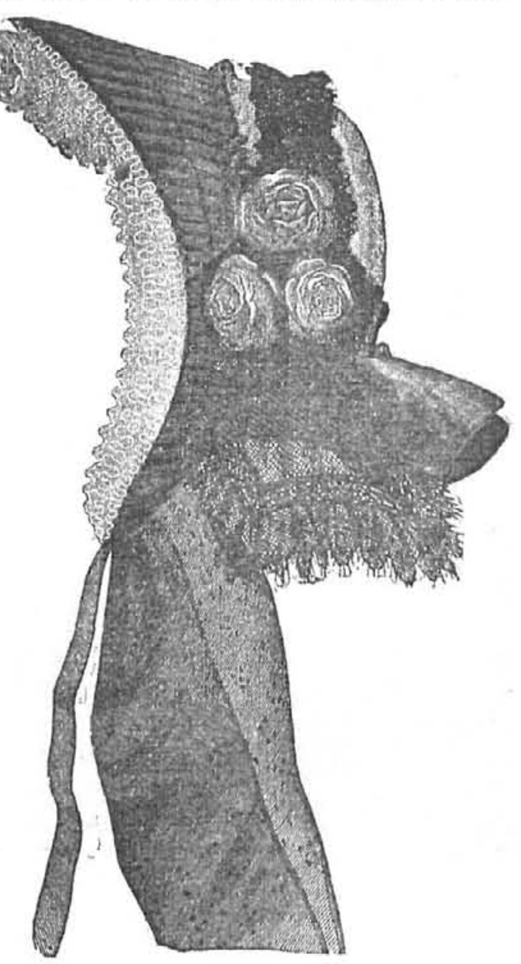
Mucho trabajo le costó á la ronda el despertar á tan estrambótico personaje que roncaba á mas no poder, y que al abrir los ojos manifestó el mayor asombro por hallarse en aquel sitio y disfrazado de aquel modo.

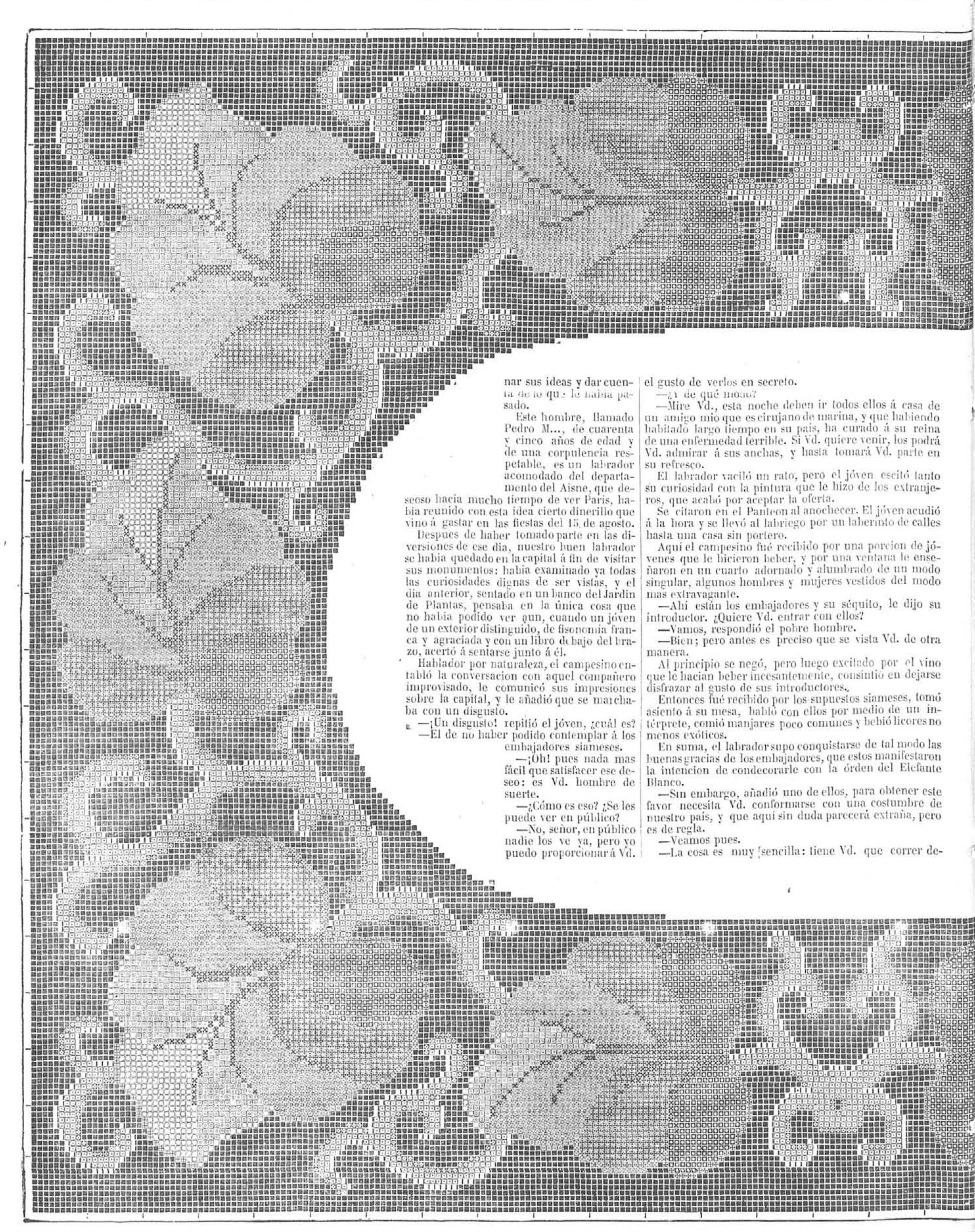
Conducido á un cuerpo de guardia, pudo coordi-


N.° 3.


N.° 4.


N.° 2.


N.° 5.



nar sus ideas y dar cuenta de lo que le habia pasado.

Este hombre, llamado Pedro M..., de cuarenta y cinco años de edad y de una corpulencia respetable, es un labrador acomodado del departamento del Aisne, que deseoso hacia mucho tiempo de ver Paris, habia reunido con esta idea cierto dinerillo que vino á gastar en las fiestas del 15 de agosto.

Despues de haber tomado parte en las diversiones de ese dia, nuestro buen labrador se habia quedado en la capital á fin de visitar sus monumentos: habia examinado ya todas las curiosidades dignas de ser vistas, y el dia anterior, sentado en un banco del Jardin de Plantas, pensaba en la única cosa que no habia podido ver aun, cuando un jóven de un exterior distinguido, de fisonomía franca y agraciada y con un libro debajo del brazo, acertó á sentarse junto á él.

Hablador por naturaleza, el campesino entabló la conversacion con aquel compañero improvisado, le comunicó sus impresiones sobre la capital, y le añadió que se marchaba con un disgusto.

—¡Un disgusto! repitió el jóven, ¿cuál es?

—El de no haber podido contemplar á los embajadores siameses.

—¡Oh! pues nada mas fácil que satisfacer ese deseo: es Vd. hombre de suerte.

—¿Cómo es eso? ¿Se les puede ver en público?

—No, señor, en público nadie los ve ya, pero yo puedo proporcionar á Vd. el gusto de verlos en secreto.

—¿Y de qué modo?

—Mire Vd., esta noche deben ir todos ellos á casa de un amigo mio que es cirujano de marina, y que habiendo habitado largo tiempo en su país, ha curado á su reina de una enfermedad terrible. Si Vd. quiere venir, los podrá Vd. admirar á sus anchas, y hasta tomará Vd. parte en su refresco.

El labrador vaciló un rato, pero el jóven escitó tanto su curiosidad con la pintura que le hizo de los extranjeros, que acabó por aceptar la oferta.

Se citaron en el Panteon al anochecer. El jóven acudió á la hora y se llevó al labriego por un laberinto de calles hasta una casa sin portero.

Aquí el campesino fué recibido por una porcion de jóvenes que le hicieron beber, y por una ventana le enseñaron en un cuarto adornado y alumbrado de un modo singular, algunos hombres y mujeres vestidos del modo mas extravagante.

—Ahí están los embajadores y su séquito, le dijo su introductor. ¿Quiere Vd. entrar con ellos?

—Vamos, respondió el pobre hombre.

—Bien; pero antes es preciso que se vista Vd. de otra manera.

Al principio se negó, pero luego excitado por el vino que le hacian beber incesantemente, consintió en dejarse disfrazar al gusto de sus introductores.

Entonces fué recibido por los supuestos siameses, tomó asiento á su mesa, habló con ellos por medio de un intérprete, comió manjares poco comunes y bebió licores no menos exóticos.

En suma, el labrador supo conquistarse de tal modo las buenas gracias de los embajadores, que estos manifestaron la intencion de condecorarle con la órden del Elefante Blanco.

—Sin embargo, añadió uno de ellos, para obtener este favor necesita Vd. conformarse con una costumbre de nuestro país, y que aquí sin duda parecerá extraña, pero es de regla.

—Veamos pues.

—La cosa es muy sencilla: tiene Vd. que correr de-

CENEFA DE TAPICERIA.

Explicacion de los signos.—■ Negro. ǀ Aceituna claro, ▫ menos claro, ▫ oscuro. ⊞ Punzó muy claro, ▫ menos claro, ▫ algo mas oscuro, ▫ mas oscuro, ▫ oscuro, ▫ muy oscuro.

trás del primer embajador hasta echarle la mano.

—No se me escapará, dijo el labriego.

Efectivamente, uno de los siameses echó á correr por la casa, y el campesino salió detrás de él excitado por la griteria de los concurrentes.

Se hallaba á punto de alcanzarle cuando el personaje tomó un corredor largo y angosto por el cual desapareció.

El aspirante al Elefante Blanco tomó el mismo camino, mas de repente sintió un aire fresco, una puerta se cerró detrás de él y se encontró en la calle.

A sus piés cayó un envoltorio que contenia sus vestidos y que recogió.

El buen hombre estuvo andando un buen rato sin saber por dónde caminaba, hasta que atontado con las copiosas libaciones que acababa de hacer, cayó en el banco de piedra en dónde se durmió hasta que vino á despertarle la ronda.

Las personas que oyeron esta relacion singular, dice el *País*, del que tomamos los principales pormenores de la anécdota, apenas podian contener la risa. Todo el dinero que llevaba el labrador estaba intacto; por consiguiente, no ha sido mas que una broma de estudiantes, que á la verdad apenas merece que la justicia se empeñe mucho en descubrir á sus autores.

Mariano URRABIETA.

RECUERDOS DE VIAGE.

LA CHIMENEA DEL PALACIO DE JUSTICIA DE BRUGES.

Hace poco visitaba yo la Bélgica; me habia dirigido hácia este lindo pais dispuesto á estudiar las obras maestras de las artes que pueden encontrarse en aquel rico museo. Segrego voluntariamente el plural, y persisto en emplear semejante expresion, á despecho de las observaciones que sin duda van á dirigirme los correctores de Mr. Didot. Ellos me dirán que estoy equivocado, y que Bélgica reclamará contra mi *singular*, puesto que posee no un museo, sino muchos museos. Justamente por eso es por lo que no quiero retirar la palabra que empleé. En Bélgica no existen solo los museos oficiales; por todas partes se ven maravillosos objetos del arte diseminados en las casas particulares, en las fondas y aun en las calles mismas, bajo la forma de edificios de todos los géneros, y eso en tan gran número que en verdad Bélgica no es un pais sino un museo.

Humildemente lo confieso á mis graciosas lectoras, que en lo que menos pensaba era en ellas al tomar el tren que debia conducirme á Bruges. En la estacion de... dos damas subieron al wagon donde hasta entonces me habia entregado á los encantos de la soledad; una de aquellas damas llegaba al otoño de la vida, es decir, en términos menos vagos, que habia dejado atrás la edad de los cuarenta; la otra,—sin duda alguna hija suya,—poseia aun todas las gracias de la infancia unidas á los atractivos de una juventud primaveral. Mas sencillo y mas claro seria el decir que la jóven podria tener unos diez y seis años.

Esta, no bien hubo tomado asiento, desplegó un periódico y se puso á leer; al levantar la vista reparé en mi apellido impreso al fin de la página; *S de Paroy*. La jóven leia este periódico.

¡Qué sentimiento de benevolencia y de simpatía se experimenta hácia la persona que lee un artículo nuestro! ¡Cuánta vivacidad además adquiere este sentimiento cuando *la tal* persona es una *encantadora jóven!* El conocimiento se hizo pronto: mis canas inspiraban confianza á mis compañeras de viage; dije mi nombre, y desde aquel punto la franqueza se estableció entre nosotros.

Aquellas damas se dirigian á Bruges, su ciudad natal, y prometí ir á verlas. La jóven me recomendó visitáse todas las curiosidades que la poblacion encierra, y aquel amable *cicerone* me habló con entusiasmo de la iglesia del hospital de San Juan, donde existe el fresco de Hemling que representa el martirio de las once mil vírgenes de Colonia,—de la casa de ayuntamiento,—de la iglesia de Nuestra Señora, adornada con una estátua de Miguel Angel,—de la iglesia de San Salvador, tan magnificamente decorada con admirables cuadros; en fin, de otra porcion de edificios curiosos. «Sobre todo, añadia de vez en cuando, no olvideis la chimenea del palacio de justicia.»

—¿Qué hay pues en ella que la haga tan notable, señorita?

—Oh! señor, es muy notable, ante todo por sí misma, despues por su historia.

—Deberiais describirme la chimenea y contarme su historia.

—El conserge os la enseñará y os dirá mejor que yo...

—Nó, desearia mucho mas que fueseis vos quien de ello me hablase.

—«Pues bien, caballero, sabed que esta chimenea, de roble esculpido, es uno de los mejores trabajos en su género; está sostenida por cariátides, adornada con estátuas de tamaño natural, con medallones, y con otros primores de una variedad inconcebible. Se vé en ella la estátua de Cárlos V colocada en el centro, teniendo á su izquierda á Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, y á su muger Margarita de Yorck; á su derecha al emperador Maximiliano y á María de Borgoña. Los escudos de armas de España, de Borgoña, de Brabante y de Flandes, maravillosamente esculpidos, acompañan á estas figuras.

«Ninguna inscripcion indica á la posteridad el nombre del artista á quien se debe este bellísimo trabajo; pero á pesar de su modestia, aquel nombre no ha quedado desconocido.

«Se llamaba Andrés; era viudo y vivia con su nieta, á la que adoraba, y con una anciana tia, rica y buena, á la que debia heredar. Era un hombre de carácter dulce, consagrado á sus deberes, amando con pasion su arte, y servicial para cuantos le ocupaban, porque era á la vez



TRAGES DE MODA.

2968.

ABECEDARIO PARA BORDAR AL PASADO.

bueno y benévolo: ¿No es cierto, caballero, que esto es muy bello? Porque hay en efecto caractéres que poseen la bondad sin la benevolencia, y otros que poseen la benevolencia sin la bondad; es decir, que los primeros son capaces de hacer bien, pero sin agrado, y sin temer echarlo en cara; mientras que los segundos, muy benévolos, muy bien dispuestos, no pueden decidirse á tomarse la mas leve molestia para servir á sus semejantes.

—Señorita, muy bien analizais el corazon humano.

—Caballero, repito lo que he oido á otros y no mas; solo soy una cotorra, pero que procura comprender. Volviendo á nuestra historia, ¿podriais creer que un hombre como Andrés, tan hábil, tan bueno, tuviese enemigos?

—Sí, señorita, lo creo; ha debido tener por enemigos á todos los que no se le pareciesen.

—Pero en fin, él no habia hecho mal á nadie.

—Esa no es una razon.

—El hecho es que el mas encarnizado de sus enemigos era un escultor en madera llamado Santiago Vander Pitte, el cual no perdia ocasion de jugar malas pasadas al pobre Andrés. En fin, aquel mal hombre se habia alejado de Bruges, y Andrés estaba algo mas tranquilo.

«Hácia el fin del año de 1527 se encargó á Andrés la egecucion de aquella magnífica chimenea, y deciase en toda Flandes que creaba una obra maestra. Algunos amigos habian visto sus comenzados trabajos, y ya la fama publicaba sus excelencias. Todo le sonreia, y el aniversario del nacimiento de la niña se hicieron preparativos para una fiesta de familia; los criados habian salido en busca de provisiones, cuando llamaron á la puerta de la casa que Andrés y su tia habitaban; esta, que se hallaba á la sazon sola, introdujo á un estranjero que preguntó por su sobrino.—Ha salido, respondió la tia.—El desconocido pidió permiso para esperarlo, y siguió á la buena señora hasta una sala contigua al taller de Andrés, adornada con objetos raros y preciosos. Sobre una gran mesa de roble esculpido habia un soberbio puñal de la pertenencia de aquel.

«La tia, que adoraba á su sobrino, creyó deber hacer los honores al huésped refiriéndole los rasgos de bondad de su Andrés, é insistiendo sobre la superioridad de su talento, el cual era tan reconocido que se le confiaban obras tales que habian de enriquecerlo y de darle nombre ilustre. El desconocido, al oir aquel relato, mostró una agitacion violentísima, y asiendo el puñal, lo hundió en el pecho de la anciana, huyendo en seguida.........................

«Algunos momentos despues de este trágico suceso, llegó Andrés, encontrando á su tia asesinada, y á la niña que contaba tres años de edad, llorando junto á aquel cuerpo bañado en sangre.

«Pero el grito supremo de la mujer fué oido, y los vecinos que acudian vieron á Andrés sacar de la herida el puñal, en la esperanza de que algo pudiesen los socorros que se disponia á prodigar á la víctima. Nadie habia visto entrar al extranjero, nada faltaba en aquella habitacion, no era un robo... y sin embargo del conocimiento que tenian de Andrés, aquellas necias gentes comenzaron á murmurar y á decir que este habia asesinado á su tia para heredar sus cuantiosos bienes. Fué preso, y solo pudo protestar de su inocencia, mas sin exhibir una prueba, siquiera un indicio que hiciese sospechar el verdadero asesino. De nada sirvieron sus protestas, y fué condenado á muerte, aunque suspendieron la egecucion de la sentencia por el término de un año con el objeto de que pudiese acabar la comenzada obra.

«Todos los dias se le sacaba de la prision, siendo conducido entre soldados á su taller; de este modo fué como egecutó aquella bellísima chimenea. En la amargura de su corazon añadió los bajo-relieves de mármol que representan el juicio y la injusta condena de Susana. El fin de su obra debia ser para él el fin de su vida. ¿Qué le importaba? Andrés trabajó con aquel ardor que es el privilegio de los verdaderos artistas, y se tenia por feliz legando á la posteridad un trabajo destinado á honrar su ciudad natal. Dió en fin su último golpe de cincel, y la noche que comenzaba iba á ser la última de su vida. Estrechó contra su corazon á la pequeña María, besó sus rubios rizos, y volvió á su calabozo.

CUELLO BORDADO.

—«Durante aquella noche misma un sacerdote fué llamado á toda prisa para recibir la confesion de un moribundo. Este moribundo era el odioso Vander Pitte, el que cometió el asesinato, el que dejó condenar al inocente. El sacerdote, despues de haber concedido el perdon al arrepentimiento del culpable, corrió á la cárcel. El dia apuntaba, y ya se hacian los preparativos para la egecucion de Andrés. El sacerdote mostró la declaracion firmada por Vander Pitte, en la que se referian las circunstancias todas del crimen por él cometido, añadiendo que era al mismo Andrés á quien se proponia asesinar en su casa.

«Pasóse en el acto al calabozo del pobre preso para anunciarle su libertad.—¡Ay! Andrés no debia gozar de la dicha de aquel momento, no debia presenciar su rehabilitacion. Habia muerto, muerto por la amargura de una acusacion injusta; sin embargo, no se dudó que él, tan bueno, no dejaria de conceder su perdon á jueces, si bien ciegos, no hostiles.

«Se le hicieron exequias casi régias; acompañaron su cadáver todos sus conciudadanos, á la cabeza de los cuales caminaban con muestras de dolor sus propios jueces. La ciudad de Bruges adoptó á la hijá de Andrés, dióla educacion y dote, casándola despues con el hijo de un opulento ciudadano. He aquí, caballero, la historia de la chimenea del palacio de justicia de Bruges.»

—Gracias, señorita; no quiero guardar para mí solo la narracion que acabais de hacerme, y voy á enviarla á vuestro periódico.

—Oh, señor!

—Tranquilizaos; no pretendo entregar vuestro nombre á la publicidad; pero mi conciencia me exige que indique á mis lectoras el orígen de la historia que me habeis referido, y les diré que la deben á la señorita Susana.... de Bruges.

S. DE PAROY.

¡AY AMOR, COMO ME HAS PUESTO!

ROMANCE.

En una noche de Enero,
De ese mes negro y sombrío
Que reina entre sabañones
Como Julio entre mosquitos,
Un traspillado galan
Así lamenta desvíos
Hablando con las ventanas
De la que es su dueño esquivo.
«Un mes hace, ingrata niña,
Que ante tus rejas tirito,
Y envueltos en estornudos
Ayes desde aquí te envío.
Un mes hace que troqué
Mí ser de hombre en perro chino,
Y aun me habrás de ver sorbete
A poco que arrecie el frio.
Quince catarros de á libra
Llevo desde que te sirvo,
Y ya auguro para Agosto
Otros quince tabardillos.
Tal las nubes se desgajan
Sobre mi flaco individuo
Que me faltan para algibe
Solo el brocal y el carrillo.
Tú, empero, dura que dura
Mientras yo fino *que* fino,
A coces, que no á desaires,
Te burlas de mi martirio.
Naturaleza esta vez
Tan vária anduvo contigo
Que te dió en formas de hurí
La aspereza del erizo.
Anteanoche me arrojaste
Desde ese tu tercer piso
Un gato que hendió los vientos
Dando espantosos maullidos;
Mas fué mi suerte tan cruda
Y fué tan feliz tu tino,
Que le recibí en mi espalda
Do se asió con tal ahinco
Que fué apéndice con uñas
Y joroba con colmillos.
Allí entre el ZAPE y el FÚ
En *palabras* anduvimos;
Mas al ver que en la contienda
Lo mejor llevaba el micho,
Al fin hube de tomar
La calle á escape tendido,
Sacando cual otro Eneas,
De Troya allá en el conflicto,
En lugar del padre Anquises
Aquel fiero animalito.
No el tiempo en echarme gatos
Pierdas, niña, pues te afirmo,
Que aunque me eches doce perros
No me harás que deje el sitio.
Anoche para mas ansias,
Escusando previo aviso,
Sobre mí vertiste impía
De agua sucia diez cuartillos,
Y pareciéndote acaso
Que era corto el donativo
Detrás del negro aguacero
La negra vasija vino,
Poniéndose tu iracundia
A pique de un homicidio.
Mas aunque sobre mí lluevan
Aguas que son ó hayan sido
Y en apestoso diluvio
Sea yo el Noé del siglo,
Y mas que sobre mí caiga
La campana de Cabildo,
He de volver á tu puerta
Hombre ó trasgo, muerto ó vivo,
Que aun difunto haré rabona
Como la sombra de Nino.
¿Dí, hiena con miriñaque,
Oso blanco con zarcillos,
Porqué me arañas con gatos
Y me afliges con desvíos?
Si es que te parezco feo,
Con mil ejemplos colijo
Que el ser feo nunca fué
De calabazas motivo.
Herrero y nada garboso
Fué de Venus el marido:
Ni óbice fué la cojera
Ni la tizne del oficio.
La veneciana Edelmira
Tuvo de amar el capricho
A Otelo, un moro muy bruto
De color de vino tinto.
Y en fin ¿tu propia mamá,
Bella en tiempo del rey Silo,
No se casó con tu padre
Que tiene cara de mico?
Mira bien, mírate en ello,
No te des tono conmigo;
¿Sabes tú lo escaso que anda
El género masculino?
¿No sabes que están los novios
Ogaño por un sentido,
Porque así como en las uvas
Entró en ellos el OIDIUM?
Leccion te sea, ó mi ingrata,
El escarmiento tardío,
De tantas como esperando
Un novio buen mozo y rico
Vieron de su mocedad
Pasar los dias floridos.
Surcan arrugas su rostro,
Sus ojos pierden su brillo,
Es ya su tez de arpillera
Si antes fué de raso liso,
Y la bella melindrosa
Trocada en mómia de Egipto,
Tras el rapé y la calceta
Sale á pasear sobrinos,
O guardiana de pollitas
En las noches del estío
Ronca en la Plaza al arrullo
Del palique y del suspiro,
Siendo nana de su sueño
La música del Hospicio.
En este espejo te mira,
Que el tiempo corre sin tino,
Y pues en mí te dá el baño
Por inescrutables juicios
Amante á prueba de bomba
Y novio á macha martillo,
Apresúrate á aceptarme
Por duro, si nó por lindo,
Que si aguanta mi pellejo
Lo que aguanta mi cariño
Ha de ser Matusalen
Un pollo en parangon mio;
Y si es que llego á morirme
Ha de ser mi nombre inscrito
Por fenómeno longevo
En los cuadros estadísticos.»
Aquí llegaba el galan
Cuando observó que improviso
Un balcon se abre, y asoma
Una mano y un lebrillo.
«Tente!» grita; no era tiempo;
Se consumó el sacrificio
Y del sombrero al zapato
Sobre él corre el agua á rios.
Sacude estrambas orejas
Enjuga el rostro mohino,
Y entre torvo y entre amante
Exclama dando un suspiro:
«¡Ay amor cómo me has puesto!...
Mañana será lo mismo.»

FRANCISCO FLORES ARENAS.



UNA TEMPORADA DE BAÑOS.

(CONTINUACION.)

Los momentos estaban contados, la separacion se aproximaba: el dia postrero, el que precedia al de la partida de Madame Desligniers, el tiempo parecia asociarse al humor de los que allí sufrian. Espesas nubes cubrian el cielo y no dejaban pasar sino una claridad pálida; la temperatura era fria; todo anunciaba al otoño; aquel bello verdor presentía tristemente que iba á desaparecer pronto; el Tepel, ese arroyo que de vez en cuando toma el carácter de torrente, revolviéndose con estrépito sobre cada guijarro que entorpece su curso, arrastraba sombrías aguas, porque el sol no alegraba las negras tintas de los bosques de pinos, que se reflejan en aquel pequeño rio de contornos caprichosos. Madame Desligniers habia al principio rehusado salir; despues, cediendo á las instancias de Adda, consintió en dar una vuelta por la alameda de Posthof.

El paseo estaba desierto; caminaron al principio sin hablar: en fin Max rompió el silencio.

—¿Vendreis á Viena? preguntó á Madame Desligniers.

—No lo creo, respondió esta; hemos viajado mucho, y ya es tiempo de que volvamos á casa de mi hermano; pero vos ¿no vendreis á B...?

—Si, iré, dijo Max decidiéndose súbitamente; es preciso. No podré ir ahora, pero iré: mientras este viage se verifica, *¿no tendré noticias vuestras? ¿Me permitireis que* os escriba?

Madame Desligniers concedió el permiso, y el paseo terminó menos tristemente de lo que habia comenzado. Volvióse á casa.

—Todavía tenemos algunas horas, dijo Max, es menester emplearlas en algo.

Leyéronse todos sus versos favoritos durante aquella última noche, y Max cantó algunas de las melodías que mas agradaban á Madame Desligniers y á Adda.

Sin embargo, llegó la hora en que era preciso retirarse. Max renovó á la tia la promesa de escribirle, y al fin se alejó con visible esfuerzo. En el instante de pasar el dintel de la puerta, volvióse para ver por última vez aquel salon donde habian trascurrido las horas mas dulces de su vida, donde el destino habia puesto á su alcance un don precioso, el afecto de una mujer amante é *inteligente*.

Rosy habia tomado cariño á su señorita, y obtuvo permiso para seguirla en calidad de doncella suya; al hacer las maletas vino á pedir los cuadernos de música. Al dárselos, echó de ver Adda que una romanza de Schubert, perteneciente á Max, habia sido dejada por este sobre el piano; era el *Wanderer*: las letras iniciales *M. de D.* se hallaban inscritas en la primera página de la melodía, y como era la que mas agradaba á Adda, esta creyó que no era involuntario semejante olvido. Al guardar aquel precioso cuaderno, se decia á sí misma pesarosa que *él* nada llevaba en cambio, pero muy luego tuvo motivo de sospechar que Max se habia resarcido del abandono de su cuaderno, porque no pudo hallar, por mas que le buscase, un bolsillo negro y oro que habia acabado la víspera y que poco antes se hallaba aun en su canastillo de labor.

En fin, trascurrió aquella última noche de Carlsbad, y al dia siguiente, en el momento de subir al carruage, Adda esperimentó un vivo trasporte de alegría al ver á Max, de pié en el vestíbulo esperándolas para estrechar aun otra vez sus manos y besárselas, segun consienten las costumbres alemanas. Algo consolada por esta última entrevista, Adda partió con valor.

Max era esperado en muchas casas de campo. Aprovechóse de estas invitaciones antes de marchar á Viena, y, hallóse de repente en medio de los placeres á que estaba acostumbrado. Adda volvió al lado de su padre, quien para festejarla habia embellecido la casa paterna, y adornado magníficamente la habitacion de su hija. Los primeros dias que siguieron al de la separacion no fueron dolorosos: tuvieron, por el contrario, cierto oculto encanto, semejante al que ofrecen aquellos momentos en que el sol se envuelve en vapores, al través de los cuales se aperciben no obstante sus rayos. El iba á escribir, él debia volver... el porvenir abria sus caminos desconocidos, pero infinitos. En verdad, Adda no se sentia demasiado desgraciada.

Muchos dias transcurrieron así, y estos comenzaron á producir algun desaliento: hubiera podido escribir... y no lo habia hecho! Adda buscó y encontró esplicaciones y escusas para su tia, que se quejaba de semejante tardanza, y volvió á esperar; pero las semanas sucedieron á los dias y al fin formaron meses. Entonces dió pincipio para ella un tormento, cuya continuacion le trajo á la memoria una estampa de la Vírgen de los Dolores, cuyo seno, traspasado por siete espadas, habia sido el asombro de su infancia. Ella ahora caminaba y vivia con agudos cuchillos en su corazon. Nada en el esterior de sus hábitos parecia haber cambiado: se entregaba á sus ocupaciones con una puntualidad que habria chocado á un observador, y al ver la rectitud minuciosa que arreglaba sus pasos y sus movimientos se la pudiera tomar por un autómata bien organizado. La vida parecia en efecto haber refluido toda entera hácia su corazon, y sin embargo, aun se estremecia al ver una carta. Si salia de casa, siempre tenia prisa de volver; porque á pesar suyo y á despecho de su razon no la abandonaba un momento la esperanza de recibir algun pliego de Max... Pero en fin, toda ilusion desapareció, fué forzoso rendirse ante la evidencia. Max la habia olvidado; ó mas bien jamás habia pensado en ella seriamente.

Max, despues de haberse separado de Adda habia empleado sus horas y sus dias en los animados placeres de la vida de las casas de campo; habia vuelto á hallar alegres compañeros, encantadoras mujeres de su clase, y frecuentemente se preguntaba á si propio con angustia de qué manera aquella sociedad, que era la sociedad de sus hábitos, de sus simpatias y de sus recuerdos, acogeria la manifestacion de los sentimientos que esperimentaba; en este punto no se hacia ilusiones: compasion para él, desden para ella. Entonces se decia que fuera imprudente reanudar, para haber de romper luego, lazos que la ausencia habia naturalmente desatado: era una dicha, segun él, el haber vuelto á hallar su habitual sociedad, y Adda no era indispensable á su existencia. Pero á pesar de todo, no podia conseguir el convencerse de ello en el fondo de su alma. Así, depues de haber valsado, despues de haber jugado á todos los juegos, despues de haber sido el complaciente compañero de todos los paseos, descubrió que su existencia, que sus compañías y sus compañeros le aburrian; y una mañana, en vez de escribir, se puso en camino para B... á fin de ver de nuevo á Adda, remitiendo á la casualidad, segun su costumbre, toda decision ulterior.

No bien hubo llegado, se metió en un carruage y dió las señas de la casa de M. Meynard, calle Mayor n. 10; en pocos minutos fué conducido allí; pero al levantar los ojos para verificar la exactitud de las señas, ved aquí que se halló con la incripcion siguiente grabada en una gigantesca muestra: *Meynard, mercader de cuadros y muebles*. Un rayo que hubiese caido á los pies de Max no habria ocasionado en él igual conmocion. El cochero habia detenido su carruage, ya abria la portezuela.....

«Volved á la posada, dijo Max al cochero con voz desfallecida; he dejado allí olvidado un objeto importante.»

Dejóse caer al decir esto en el fondo del carruage. Humillado é irritado á la vez, no se atrevia siquiera á alzar los ojos, creyendo ver pasar por delante de él á todos sus ascendientes, señalándole aquella infame muestra; pareciale que cuantos le encontraban al paso le dirigian una burlona sonrisa; el grosero error que habia cometido lo degradaba á sus propios ojos, porque temia reconocer en él un síntoma de bajas inclinaciones; todos los sentimientos de vanidad herida, de ingratitud y de injusticia se reunian para desencadenar en su alma una tempestad horrorosa. Él, el baron de Donnersberg, habia prodigado su ternura, sus asiduidades, sus respetos á la hija de un mercader! Ella los habia aceptado *tan naturalmente cual si hubiese sido su igual!* Esta idea era asesina. El baron la habia tratado como pudiera tratar á la jóven condesa K!... Le habia besado la mano tan respetuosamente como se la hubiera besado á la princesa E!... A estos recuerdos, que una maligna influencia parecia complacerse en evocar, Max se enfurecia; no permaneció una hora mas en B..., y aunque estaba cercana la noche, volvió á ponerse inmediatamente en camino.

Desde que tomó asiento en el wagon, sacó del fondo de su faltriquera, en la que buscaba algun dinero, un objeto pequeño, que contempló un instante con una mezcla de cólera y de pesar, arrojándolo en seguida por la portezuela del carruage. Al siguiente dia, uno que por allí pasaba recogió del suelo un bolsillo pequeño negro y oro.

Habia llegado el invierno. Algunas semanas antes Madama Desligniers se habia separado de Adda, quien quedó sola en la vasta casa de su padre; éste no se ocupaba mas que de su comercio y del cuidado de rodear á su hija de todos los goces que puede proporcionar la riqueza. Pero todos los placeres venian á embotarse en las penas de Adda, para quien nada existia ya en el mundo, fuera de los recuerdos de Carlsbad. Empleaba su tiempo en traer á la memoria los mas insignificantes pormenores; volvia á ver á Max solicito; repetíase á sí propia todas las palabras que él habia pronunciado; palabras que hubiera podido escribir de memoria, dia por dia, hora por hora; despues ponia á prueba las fuerzas de su inteligencia para descifrar aquel enigma horrible. Su mal se exacerbaba de dia en dia. Cansada de sufrir, habia caido en una especie de estupor que cada vez se hacia mas tenaz; veia poco á su padre, y en aquellos momentos en que éste venia á pasar con ella algunos minutos robados á sus continuas ocupaciones, Adda sabia sonreirse y engañar su cariñoso cuidado. Sin embargo, al lado de Adda existia otra persona á la cual no podia engañar; era Rosy: su buen corazon y el apego que tenia á su ama le hacian adivinar lo que ignora-

ba; ella procuraba encontrar alivio á aquella pena, pero conocia que era preciso ocuparse de ello sin que Adda sospechase su intento, ahorrándole así la confusion de tener que hacer una confianza á su criada.

—Señorita, vos sabeis que mi madre vive en Viena; dijo á Adda cierto dia, en el cual, mas abatida que de costumbre, pensaba ésta en sus recuerdos con los ojos medio cerrados.

—Sí, dijo Adda que se habia estremecido á la última palabra pronunciada por Rosy, lo sé, me lo has dicho.

—Pues bien, vengo á pedir á mi señorita permiso para ir á verla. Solo estaré ausente ocho dias, y Teresa, una de mis amigas, podrá ocupar aquí mi puesto durante este tiempo. Hace tres años que no he visto á mi madre! Tendria tanto gusto en ir á decirle cuán feliz soy en esta casa!

—Vé, Rosy, ningun deseo tengo de impedírtelo; vé á ver á tu madre.

—¿Y la señorita no tiene que encargarme nada para Viena? Ah! ahora recuerdo que el señor baron de Donnersberg dejó olvidado en casa en Carlsbad un cuaderno de música. Si la señorita gusta, yo se lo llevaré, y como procuraré entregarlo yo misma al señor baron, no habrá temor de que se estravíe.

—Sí, en efecto podrás tomar aquel cuaderno, que quedó olvidado entre los mios, dijo Adda, conmovida con la idea de que Rosy pudiera *verle* y *hablarle*; pero, añadió, yo no sé donde vive Mr. de Donnerberg, ni aun siquiera si está en Viena.

—Allí debe estar en esta estacion; y en cuanto á las señas de su casa, él dijo un dia en Carlsbad delante de mí que vivia en el Herren-Gasse: lo he conservado en la memoria porque precisamente es la misma calle donde vive mi madre; de cierto le hallaré, y puede la señorita estar segura de que no se extraviará el cuaderno.»

Adda se desprendió de aquel cuaderno de música, de aquel resto de su querido pasado; pero si consintió en ello fué porque poseia otros objetos para ella por igual concepto no menos preciosos, los cuales se contenian en un cofrecito de preciosa madera incrustado de nácar, principal producto de la industria de Carlsbad, y que le habia sido dado por Max á consecuencia de una apuesta perdida. Allí conservaba una targeta de Max, y algunas esquelas dirigidas por él á Madame Desligniers, relativas á proyectos de paseos. Mucho tiempo habia que Adda no osaba tocar á aquellos recuerdos; pero la esperanza es una cosa tan tenaz, sabe tan bien existir haciéndose olvidar, es tan hábil para ocultarse, tan pronta para reaparecer, que despues de la partida de Rosy Adda tuvo valor bastante para mirar aquellos objetos, que le traian á la memoria el tiempo de su dicha. Pareciale que iba á cesar su pesadilla, y que pronto tendria la explicacion de aquel mal sueño en que Max se le representaba indiferente, y olvidadizo. Asi pasó ocho dias bastante soportables: en fin, volvió Rosy, y Adda, dominando su agitacion y procurando dar seguridad á su voz, le dijo:

—Y bien, Rosy, cómo está tu madre?

—Señorita, está buena: la he hallado y la he dejado en buena salud, á Dios gracias..... Señorita, he visto al baron de Donnersberg... Es un mal corazon; me llegué á él en el momento de salir de su casa: iba á pié. «Señor baron, le dige, aquí teneis un cuaderno de música que dejasteis olvidado en Carlsbad en casa de mi señorita; teniendo yo que venir á Viena, me ha encargado de devolverlo al señor baron á fin de que no lo tenga por perdido.» Tomó el cuaderno mirándome con frialdad, lo examinó, y en seguida me lo devolvió diciéndome: «Estais equivocada; este cuaderno no es mio, y ni yo os conozco, ni conozco á vuestra señorita.» Sí, eso me ha dicho á mí á Rosy! Que Dios me confunda si miento. Nada pude responderle: se alejó con precipitacion, y he vuelto á traer el cuaderno.

—Está bien, dijo Adda con voz tranquila; ponlo sobre esa mesa.

—Veo que Teresa no ha plancheado bien el cuello de la señorita. Si ha hecho lo mismo con toda la ropa blanca, mucho tengo que enmendar.» Y diciendo esto se retiró.

Cuando quedó sola, Adda se levantó lentamente, tomó el cuaderno de música estremeciéndose de horror, y lo arrojó á la chimenea donde flameaba un gran fuego; despues se dirigió hácia el cofrecito y quiso igualmente arrojarlo á la chimenea. Pero en el momento de romper con el pasado, de destruir sus últimos vestigios, vaciló, retrocedió, y se dejó caer sobre un sillon derramando lágrimas. No acusó á Max, no dijo de él, como Rosy: *es un mal corazon*; y si hay quien se indigne de su debilidad, de la indulgencia con que recibia el ultrage, ese tal olvidó que Adda amaba.

Esta sufrió y lloró; pero estaba en una edad en que ninguna pena, por violenta que sea, es irremediable. Ella pasó por las fases habituales del dolor, que están arregladas invariablemente. A los primeros instantes de asombro y de resentimiento contra la suerte que nos hiere, sucede un periodo de abatimiento y de apatía, que el tiempo llega á convertir en una languidez, presagio de futura calma. Adda poseia una razon firme, no obstante su juvenil edad, y la conciencia de sus deberes se hallaba en ella suficientemente desarrollada para que comprendiese la necesidad de no afligir á su padre dejándose vencer de su propia afliccion sin sublevarse contra ella y sin combatirla. Recompensa fué de su valor la tranquilidad que poco á poco fué esperimentando. El cambio acaecido en el carácter de su hija no habia pasado desapercibido para el padre de Adda, quien la observaba cuidadosamente sin desatender por eso sus libros de comercio. Tal vez Rosy, interrogada, habria hablado... De cualquier modo, ello fué que Mr. Meynard se propuso decidir á Adda á que no rechazase una proposicion de matrimonio que le habia sido hecha por el hijo de Mr. Gilson, su socio, fiel en este punto como en los demás á las clásicas tradiciones comerciales. La perspectiva de unir dos buenos caudales hacia sonreir á los asociados; la de dar á su hija un excelente esposo tentaba vivamente á Mr. Meynard: faltaba Adda; pero mucho puede un padre cuando la ternura se une en él á la autoridad. Resistióse, sin embargo, dos años á los ruegos de Mr. Meynard. Un dia, empero, Rosy al vestirla le dijo que la jóven condesa de P..., rica heredera de las cercanías, acababa de dar su mano al baron de Donnersberg. Adda oyó esta noticia sin ninguna emocion aparente; pero cuando su padre volvió á la carga, cuando le suplicó que aceptase á un hombre excelente y honrado, la hija se halló de repente abandonada por aquella fuerza secreta que la habia sostenido en su resistencia velando en el fondo de su corazon. Rompió resueltamente con el pasado, destruyó su cofrecillo con cuanto contenia, y se casó con Mr. Gilson. Adda conservó á Rosy al lado, suyo, pero no volvieron á hablar jamás de la temporada de baños pasada en Carlsbad.

Las esperanzas de felicidad que Mr. Meynard fundaba en este matrimonio no quedaron del todo fustradas. Si Adda hubiese permanecido aislada, su corazon se habria visto destrozado por los recuerdos dolorosos del pasado; pero viéndose forzada á olvidar y á imponer silencio á su pensamiento, pudo conquistar el reposo, y sus heridas se cicatrizaron poco á poco.

Adda no supo jamás el motivo del abandono de Max, jamás supo por qué la habia renegado. Si, convencido de la imposibilidad de la lucha, de la dificultad de hallar la felicidad saliendo de su condicion, rompiendo con las leyes sociales á que estaba sometido, Max le hubiese puesto de manifiesto tales obstáculos apelando á su razon, ella de seguro habria sufrido menos; pero Max era demasiado débil para no aparecer en ciertos casos violento y cruel, y estaba harto convencido de sus faltas para no agravarlas con la brutalidad de su proceder. Fué culpable, no de no haber sacrificado sus preocupaciones á su inclinacion, sino de no haber previsto que decision tal era superior á sus fuerzas.

Cualquiera que sea el nombre que á ciertas cosas se dé, llámeselas preocupaciones ó deberes, nadie es vituperable por los sacrificios que se les hace, mientras estos sacrificios sean personales; pero no hay escusa cuando en ello se interesa la felicidad de otra persona. Así Adda debió ratificar el severo juicio de Rosy, y decir, cuando su pensamiento la llevaba hácia quien la habia tratado con tan brutal desden: Era un mal corazon!»

EMELINA RAYMOND.



ADDA COJIÓ EL CUADERNO DE MÚSICA Y LO ARROJÓ Á LA CHIMENEA.

Explicacion del figurin de modas iluminado.

Trage de alpaca color castaño.—La enagua está guarnecida con una ancha tira de terciopelo negro puesta sobre el dobladillo. Siete filas de cinta de terciopelo negro mas estrechas están colocadas encima de la cinta ancha; una segunda guarnicion compuesta de otra tira ancha y siete estrechas como las primeras, se repite en la parte superior de aquella. Cinturon de terciopelo negro de dos puntas; corpiño liso, abotonado, guarnecido al rededor del cuello por dos cintas de terciopelo negro: la primera es ancha, la segunda estrecha. Las mangas están abiertas á lo largo del brazo, y dejan ver las submangas de muselina blanca; la abertura de las mangas está rodeada con dos tiras de terciopelo negro, y el borde está guarnecido con una que forma el puño. Este equipo conviene á una jóven soltera.

Trage de paño de seda verde.—Cada una de las costuras que unen los paños de la enagua está cubierta por una cinta de terciopelo negro, que va disminuyendo de ancho hácia el talle; un plegado de cinta verde está colocado á cada lado de la cinta de terciopelo negro. Corpiño abotonado con cinturon; mangas anchas, guarnecidas de terciopelo negro y plegados de cinta verde.

Sombrero de tul blanco y tafetan verde, adornado con un sauce verde y rosas al interior; anchos cabos verdes.

ADVERTENCIAS.

Hemos dado en metros y sus fracciones las medidas todas de las costuras, ya correspondan al patron, ya á labores varias. Lo hemos hecho así, no solo por acomodarnos al original francés, sino para que nuestras lectoras empiecen á familiarizarse con unas medidas, que pronto serán obligatorias en España. Comprendiendo no obstante, que esta alteracion debe por el pronto confundir sus ideas, hemos creido de nuestro deber el acudir en socorro suyo; y al efecto dentro de muy breves dias les distribuiremos por via de obsequio una cinta con las dimensiones exactas del metro y de sus fracciones. De este modo muy en breve tendrán de la nueva medida una idea tan exacta como la que hoy tienen de la antigua.

Otra advertencia tenemos que hacer.

Las inmensas dificultades que lleva consigo el planteamiento de una publicacion como la nuestra, nueva en España, y para la cual, por tanto, faltan ó escasean los elementos todos, nos han impedido darle aun la perfeccion que de seguro alcanzará, así en lo material del trabajo, como en la organizacion administrativa. Es, sin embargo, cuestion de poco tiempo. Los entorpecimientos desaparecerán del todo muy en breve, y los medios necesarios para emplear los procedimientos mas nuevos y perfeccionados, deben estar en nuestro poder de un momento á otro. En una palabra, la empresa realizará con exceso sus ofertas todas, porque ni ceja ante el trabajo ni se arredra ante sacrificio alguno.

Se suplica á las personas que, ya para pedir suscricion, ya para reclamar estravíos, ya para advertir cambio de domicilio, etc., tengan que dirigirse á este periódico, lo hagan á su Administrador, pues de no hacerlo así, además de los perjuicios de involucracion que con ello se origina, se esponen á ser mal servidas, contra la voluntad de la Empresa.

Se suscribe en la Administracion general calle de la Bomba, n. 1.

Los pedidos se dirigirán al Administrador general D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1861.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba núm. 1.